



Pastores misioneros

Día del Seminario 2020



Subsidio litúrgico



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Pastores misioneros

Subsidio litúrgico

Solemnidad de San José, esposo de la bienaventurada Virgen María

Monición de entrada

(Se recomienda que la monición de entrada se lea antes del canto de entrada, para ayudar a la asamblea a guardar silencio y disponerse interiormente a la celebración).

Nos reunimos para celebrar la solemnidad de san José, patrón de la Iglesia universal y de los seminarios. Su figura discreta en los evangelios nos descubre al hombre justo, que Dios puso al frente del hogar de Nazaret, para cuidar a María y a Jesús. En aquella primera Iglesia doméstica, junto con María, fue educando y formando el corazón sacerdotal de Jesús, que, en lo escondido, iba adquiriendo los rasgos de la entrega sin medida. Hoy san José sigue custodiando a la Iglesia surgida del costado de Cristo sacerdote; hoy sigue cuidando de aquellos niños y jóvenes que se preparan en nuestro seminario, para ser pastores misioneros al servicio de los hermanos.

Dispongámonos a vivir este encuentro con el Señor, pidiéndole que abra los corazones de muchos a sus llamadas y que otorgue fidelidad a los que ya han respondido.

Acto penitencial

- Tú, que elegiste a David para cumplir tu promesa.
Señor, ten piedad
- Tú, que naciste de María Virgen, esposa de José.
Cristo, ten piedad
- Tú, que confiaste a José la custodia del hogar de Nazaret.
Señor, ten piedad

Oración de los fieles

1. Por la Iglesia, puesta bajo la custodia de san José, para que como él realice el bien con discreción y viva en la verdad con sencillez.
Roguemos al Señor.
2. Por los sacerdotes, para que su entrega cotidiana y silenciosa suscite la respuesta de muchos niños y jóvenes a la llamada divina.
Roguemos al Señor.
3. Por los padres de familia, para que ofrezcan sus hijos a Dios con generosidad, acojan su llamada con alegría y la acompañen con gratitud.
Roguemos al Señor.
4. Por los seminaristas, que se forman en nuestros seminarios, para que sean discípulos permanentes y un día verdaderos pastores misioneros.
Roguemos al Señor.
5. Por los formadores y todos cuantos contribuyen en la educación integral de los seminaristas, para que, con la coherencia de sus palabras y obras, sean ejemplo y estímulo sacerdotal para estos jóvenes.
Roguemos al Señor.
6. Por los sacerdotes difuntos, para que disfruten del gozo eterno y su testimonio de fidelidad multiplique las vocaciones.
Roguemos al Señor.

Sugerencias para la homilía*Pastores misioneros, al estilo de José*2 *Samuel* 7, 4-5a.12-14a. 16*Salmo* 88, 2-3.4-5.27 y 29 (R/. : 37)*Romanos* 4, 13.16-18.22*Mateo* 1, 16.18-21.24a***José, hombre justo, elegido desde la eternidad***

David había sido elegido por Dios con amor eterno. Así fue ungiendo como rey de Israel, entre todos sus hermanos (1 *Sam* 16, 13a). Samuel le anuncia que de su descendencia saldrá un reinado perpetuo (2 *Sam* 7, 14), el que vendrá por Cristo. San Mateo dirige su evangelio al pueblo judío. De ahí que muestre a Jesús como cumplimiento de todas las Escrituras entroncándole con Abrahán y la dinastía de David. Es el propósito de su trabajada genealogía, presentada en la triple serie de catorce generaciones que confluyen en el hijo de Jacob, José, el esposo de María (*Mt* 1, 16).

San Mateo describe a José como un hombre *justo*; esto es, deseoso de amar a Dios y hacerlo amar. Su discreción es extrema, como su amor y delicadeza hacia María y Jesús. En José está la clave para entender cómo la elección de Dios es eterna y cómo cumple sus promesas. Como a David, como a José, Dios eligió, desde toda la eternidad, a todos aquellos que quiere constituir sacerdotes. Cristo, en la noche previa a la elección de los apóstoles (*Lc* 6, 12), en diálogo con el Padre, recibió no solo sus nombres, sino los de todos aquellos en los que el Padre pensó para hacerlos sus ministros. A la mañana siguiente los llamó uno a uno; hoy, Jesús sigue llamando, uno a uno, a muchos niños y jóvenes para hacerlos sus sacerdotes, sirviéndose de diversas mediaciones (personas, acontecimientos...), y les ofrece su gracia para que respondan con generosidad.

José, modelo de respuesta a la llamada divina. Discípulos permanentes

Dios lleva nuestra vida. María y José estaban desposados, pero no vivían juntos. Los desposorios judíos tenían lugar en una celebración familiar a la que acudían las dos partes; después de esta, los nuevos esposos regresaban a sus respectivas casas durante un tiempo prolongado, tras el cual venían a habitar el nuevo hogar. Es en este intervalo de tiempo cuando María recibe el anuncio de su concepción virginal por parte del ángel (Lc 1, 31). Estos pobres de Yavhé habían decidido vivir su matrimonio en virginidad esperando el final de los tiempos. Aquellos planes se deshacen para María; de ahí que quiera profundizar en su vocación en el diálogo con el ángel (1, 34).

Pero también los planes se han alterado para José. No duda ni un instante de María, su mujer tierna, sencilla, pura y trasparente, fiel y cariñosa, de sonrisa dilatada en su corazón y en su rostro. ¡No duda absolutamente! ¡María es su vida, su todo! La duda es acerca de su papel en esta nueva historia que el Poderoso ha ofrecido a su esposa. Duda de su lugar y, en su corazón bueno, decide retirarse sin hacerla daño (Mt 1, 19). Es ahí donde entra en escena, de nuevo, un ángel del Señor, para aclararle su vocación. Este le invita a acoger a su mujer y a la criatura que hay en ella, porque viene del Espíritu Santo: *Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados* (1, 21). El nombre, en el contexto judío, lo ponía el padre; por tanto, el ángel le señala su vocación: no es su padre humano, pero va a realizar esa misión en el hogar de Nazaret.

Dios se sirve de un sueño y de un ángel para dar a conocer a José su vocación. Esas son las mediaciones para un verdadero discernimiento de la voluntad del Padre. Es cierto que no hemos de esperar ángeles que nos anuncien de modo directo lo que Dios quiere de nosotros, pero hemos de estar muy atentos a cuanto sucede a nuestro alrededor o a las personas que están a nuestro lado, porque Dios se sirve de estas mediaciones para llamarnos.

José es modelo de discipulado. Supo escuchar a Dios y fiarse de su palabra (*Rom* 4, 18). Se fío y puso en práctica cuanto Dios le pedía (*Mt* 1, 24). El hogar de Nazaret se convirtió para María y José en una verdadera escuela discipular. Eso es el seminario, del que José es custodio. Una escuela de verdaderos discípulos, donde se escucha cada día al Maestro, para conformar el propio corazón, la voluntad e inteligencia con Cristo Pastor. Este discipulado, que se inicia aquí, no tiene fin, es permanente. Solo el que no deja de ser discípulo puede ser un auténtico maestro.

José, entregado por entero al servicio del Hijo de Dios.

Pastores misioneros

En la misa de hoy se nos muestra cómo san José se entregó por entero al servicio del Hijo de Dios hecho hombre (cf. Oración sobre las ofrendas). En la sencillez doméstica de Nazaret aprendió de Jesús y de María a hacer la voluntad del Padre, a no reservarse nada, siendo fiel custodio de los primeros misterios de la salvación de los hombres (cf. *Oración colecta*).

Cuantos han recibido la vocación sacerdotal se preparan en el Nazaret del seminario para ser pastores misioneros, sacerdotes entregados en cuerpo y alma al servicio del Hijo de Dios en cada hombre al que son enviados. En la entrega cotidiana del seminario, cultivando la intimidad con Cristo en la oración y la eucaristía, compartiendo los gozos y las fatigas con los demás compañeros, escudriñando la verdad del mundo, del hombre y de Dios, van conformando sus vidas con el Corazón de Cristo sacerdote. Así aprenden a dar la vida con fidelidad, para un día, después de ser consagrados por el Espíritu Santo, ser enviados como otros Cristos.

José es para todos los seminaristas no solo custodio, sino modelo de una entrega sencilla, oculta y discreta; de un ponerse al servicio de cada uno sin esperar nada a cambio; de un hacer el bien sin ruidos,

buscando el último puesto; de una escucha atenta y de una obediencia permanente. Porque, en verdad, cuanto de bueno se fragua en lo oculto del Nazaret del seminario se multiplica en el futuro ministerio. Solo aquel que arde cada día en intimidad con Cristo tiene el deseo profundo de darlo a conocer a sus hermanos, de ser pastor misionero.

IV domingo de cuaresma. *Lætare*

Monición de entrada

(Se recomienda que la monición de entrada se lea antes del canto de entrada, para ayudar a la asamblea a guardar silencio y disponerse interiormente a la celebración).

En este IV domingo de Cuaresma, denominado de la “alegría”, en el que se anticipa el gozo de la Pascua, oramos por nuestro seminario y por las vocaciones sacerdotales.

Hoy el Señor se presenta como Luz del mundo que ha venido a iluminar las tinieblas de nuestro corazón. Escucharemos el relato de la curación del ciego de nacimiento, en el que podremos contemplar cómo Cristo, al tiempo que le devuelve la vista, va, progresivamente, sanando su ceguera interior. Hoy más que nunca necesitamos jóvenes que, con generosidad, se entreguen a Cristo para ser enviados como pastores misioneros que pongan luz en tantos corazones que viven en la oscuridad del error y del pecado.

Pidamos al Señor, en esta celebración eucarística, que ilumine los corazones de muchos jóvenes, para que reconozcan la llamada al sacerdocio y que fortalezca sus voluntades, para que le sigan con determinación.

Acto penitencial

- Tú, Pastor eterno, que guías nuestras almas.
Señor, ten piedad.
- Tú, Luz imperecedera, que alumbras nuestros pasos.
Cristo, ten piedad.
- Tú, Verdad inquebrantable, que otorgas la libertad.
Señor, ten piedad.

Oración de los fieles

1. Por todos los fieles cristianos, que fuimos iluminados con la luz de Cristo en nuestro bautismo, para que no dejemos apagar la llama de la fe y abramos cada día nuestro corazón al que es la Luz. *Roguemos al Señor.*
2. Por todos los que no creen en Cristo, para que, como el ciego de nacimiento, acojan su palabra, la pongan en práctica y experimenten el gozo de la fe, que libera y salva. *Roguemos al Señor.*
3. Por los niños y jóvenes, para que escuchen la voz inconfundible de Cristo que los invita a dejarlo todo para ser luz que alumbe las tinieblas de este mundo. *Roguemos al Señor.*
4. Por los padres de familia, para que ofrezcan sus hijos a Dios con generosidad, acojan su llamada con alegría y la acompañen con gratitud. *Roguemos al Señor.*
5. Por los seminaristas, que se forman en nuestros seminarios, para que sean discípulos permanentes y un día verdaderos pastores misioneros. *Roguemos al Señor.*
6. Por los formadores y todos cuantos contribuyen en la educación integral de los seminaristas, para que, con la coherencia de sus

palabras y obras, sean ejemplo y estímulo sacerdotal para estos jóvenes. *Roguemos al Señor.*

Sugerencias para la homilía

Pastores misioneros, testigos de la Luz

1 *Samuel* 16, 1b.6-7.10-13a

Salmo 22, 1-3a.3b-4.5.6 (R/.: 1)

Efesios 5, 8-14

Juan 9, 1-41

Elegidos desde la eternidad, llamados por Cristo

La liturgia de la Palabra de este domingo IV de Cuaresma nos ayuda a comprender el don y misterio de la vocación sacerdotal. La primera lectura nos relata la elección, llamada y consagración de David, hijo de Jesé, como rey-pastor de Israel (1 *Sam* 16, 1b.6-7.10-13a). Samuel se presenta buscando al elegido de Dios entre los hijos de Jesé. Uno a uno fueron pasando ante él, pero ninguno había sido elegido por Dios. *¿No hay más muchachos?*, preguntó Samuel. Jesé se acordó del hijo menor, que no se encontraba allí y mandó traerlo. En ese puso su mirada Dios y mandó ungirlo rey.

Dios es el que elige desde toda la eternidad. Y se sirve de mediaciones (Samuel) para dar a conocer esta elección. Dios se fija no en las apariencias humanas, sino en el corazón. Dios nos sorprende, en el caso de David, eligiendo al más pequeño y débil, al olvidado, al que se encontraba cuidando el rebaño, para confiarle lo más grande.

También Jesús, en la noche de la elección de sus apóstoles, recibió en su corazón los nombres que el Padre había elegido desde toda la eternidad (*Lc* 6, 12). Al día siguiente, bajando al llano, de entre el grupo de discípulos, eligió a doce, para que estuvieran con Él y enviarlos a predicar y a actuar en su nombre (*Mc* 3, 14).

Hoy Cristo sigue llamando a niños y jóvenes, a través de mediaciones (sacerdotes, amigos, padres, acontecimientos...) para mostrarles esa elección eterna del Padre a ser discípulos y apóstoles, pastores misioneros en medio de este mundo.

Para estar con Él: discipulado permanente

La llamada de Cristo es, en un primer momento y para siempre, a estar con Él; a vivir un discipulado permanente. Solo el que está dispuesto a escuchar y aprender, como verdadero discípulo e hijo, podrá ser auténtico maestro y padre de otros.

El que ha sido llamado puede sentirse como el ciego de nacimiento (*Jn 9, 1-41*). Un día se encontró con Cristo y le cambió la vida, haciéndole salir de las tinieblas del pecado. Al inicio lo reconoció como un hombre extraordinario (9, 11), más tarde como un profeta (9, 17), finalmente como su único Señor y Salvador (9, 38). Escuchando su llamada lo dejó todo y entró en el seminario. Allí, el que ha sido llamado tiene la gracia de conocer más y mejor a Cristo, permaneciendo en su intimidad.

El seminario es vivir junto al *Pastor* que se hace *pasto* para ir adquiriendo sus mismos sentimientos de maestro, víctima y sacerdote. El salmo 22 ilumina la vida del seminario, que consiste en escuchar la Palabra y comer bien su Cuerpo y su Sangre. La Palabra está en el centro de la vida del seminario, cada día ha de ser meditada, para que transforme el corazón y la vida; la eucaristía ha de ser preparada, vivida, masticada, agradecida y contemplada, para hacerse uno con Cristo, fuego y luz del mundo, y comunicarlo a cada hombre que ponga en el camino. En este sentido, los ministerios laicales del lectorado y acolitado que se reciben, ayudan al seminarista a configurarse con los dos ejes de la vida del sacerdote: la Palabra y la eucaristía vividas y servidas a cada hombre.

Y ser enviados como pastores misioneros

Cada jornada, cada curso va configurando al candidato con el Corazón de Cristo, Maestro y Pastor, y así, por medio de la consagración, como David, ser enviado al mundo como misionero incansable, como testigo de la luz. La caridad pastoral que ha prendido en su corazón le hace salir al encuentro de cada hombre, para mostrarle a Cristo. La vida y tarea del sacerdote es servir a cada comunidad y a cada hombre, recorriendo con él el itinerario que Cristo recorrió con el ciego de nacimiento.

La vida y ministerio del pastor misionero es realizar, con Cristo, una nueva creación en cada hombre; sacarlo de las tinieblas del error y del pecado y hacer que viva como hijo de la luz (*Ef 5, 8*). El pastor misionero ha tenido la experiencia de su propia debilidad sanada y acompañada, por eso está llamado a sanar y a acompañar a cada hombre, para que Cristo toque sus ojos y le devuelva la luz de la fe; el pastor misionero ayuda a cada hombre a entrar en Cristo, a adquirir la edad adulta de la fe, para saber desaparecer en el momento oportuno; el pastor misionero engendra, unido a Cristo, hijos de la luz, testigos valientes, que desenmascaren el error sin importarles ser “señalados”, que confiesen con la coherencia de sus vidas y palabras que Jesús es su único Señor.

La alegría del Evangelio es el arma más poderosa que tiene todo bautizado, y particularmente el llamado a ser sacerdote. En este Domingo de la alegría se nos invita a ser luz del mundo, recordando el don más alto que hemos recibido el día de nuestro bautismo, la fe, llamada a ser renovada y fortalecida durante esta Cuaresma y en la noche santa de la Resurrección.

